

Avignon ha sido justamente calificada con el nombre de historia del cautiverio de Babilonia. En cada suceso, en cada accidente, en cada particularidad veíase, tocábase la decadencia del poder eclesiástico. Muerto Clemente V, reúnese en Carpentras, donde tuviera este su corte, el conclave compuesto de veintitres cardenales; y cuando necesitaba esta sacratísima asamblea mayor autoridad, porque se veía venir sobre el mundo, con todo su cortejo de horrores, el cisma y la revolucion, dos sobrinos del Papa muerto asaltan la ciudad, incendian el palacio pontificio, persiguen á los cardenales; y la eleccion queda en suspenso y la Iglesia en triste y mortal angustia. Por fin, despues de mucho tiempo, los electores, en su mayoría franceses, porque los italianos apenas osaban volver despues de la infamia cometida en Carpentras, eligieron otro nuevo Papa francés imponiéndole por consiguiente como necesidad y como deber el ominoso cautiverio de Avignon. El 28 de junio de 1316 reunióse el nuevo conclave en Lyon y el 7 de agosto del mismo año eligió Papa á un gascon de raza nacido en Cahors, de familia humilde, de presencia repugnante, dado á las malas artes de la intriga y teniendo por toda ciencia la pedantería y la argucia de un escolasticismo decadente: imágen fidelísima del Pontificado siervo y sometido á las voluntariedades de Francia. Su nombre fué Juan XXII y su reinado triste continuacion del reinado de Clemente V. Así continuaba y recrudecía la general insurreccion del mundo laico y civil contra la Iglesia católica. Viéronse en su tiempo, pues, cosas maravillosísimas; un Emperador aleman venir de allende á Roma y deponerle en pública Asamblea popular sin ningun recato; un filósofo de Padua, defensor de la supremacía de los reyes sobre los Papas, nombrado vicario eclesiástico para que sujetara y sometiera los clérigos á los síndicos; un prior de agustinos arrojado á la fosa de los leones en el Capitolio porque rehusaba decir la misa bajo la profanadora é irreverente jurisdiccion de los laicos; unos frailes menores predicando por calles y encrucijadas que el Papa habia condenado á Cristo al condenar la pobreza y destruido la tiara al captarla por simonía; un Parlamento convocado por el Emperador que usaba ya facultades pontificias y reunido en la escalinata de San Pedro, al aire libre, teniendo por asientos los escalones de la Basílica, por tribunas las ventanas, por guardia los heraldos imperiales, por público el pueblo romano, que apenas se cansaba de contemplar aquel espec-

táculo, por diputados los franciscanos que pronunciaban discursos verdaderamente comunistas y los abates tudescos que exhalaban sus ideas casi heréticas en místico lenguaje; por inspirador el gran filósofo del derecho divino de los reyes, Marsilio de Padua, y por presidente á tocoso Emperador y guerrero, Luis de Baviera, que sentado bajo un solio, coronada la cabeza, ceñida la púrpura imperial, en una mano el cetro de Alemania, en la otra mano el globo de Carlo-Magno, depuso en voz alta y con toda solemnidad al Papa de Avignon por hereje y simoníaco. No se contentó con esto Luis de Baviera, sino que además nombró Papa á un fraile de Corbara, conocido en la historia con el nombre de Nicolás V, que dura en aquella apariencia de poder todo el tiempo que duró el influjo de su protector hasta que vencedores Juan XXII y los güelfos es entregado por los pisanos y tiene que presentarse con una soga al cuello y los piés desnudos ante el Papa, obteniendo, como un acto de misericordia, una prision perpetua en los calabozos de Francia. Por fin murió á los noventa años Juan XXII, despues de haber servido á Francia, inmolado á Italia, puesto en guerra y en desolacion á Germania, allegado tanto oro que dejó diez y ocho millones de francos en moneda y siete millones en joyas; conmovido la conciencia religiosa de la cristiandad con la innovacion herética de que los justos no podrán ver la divina faz sino despues del Juicio Final; adolorado á los pobres monjes franciscanos que sostenian el ideal evangélico frente á la invasion del materialismo economista; consumido su tiempo en disputas agudas dignas de aquel triste y bajo imperio del Pontificado romano. El 20 de diciembre del año 1334 fué nombrado para suceder á Juan XXII el humilde y severo Benito XII, el cual abrigaba tal concepto de su poquedad que, al verse elegido, volvióse hácia los cardenales y les arrojó al rostro esta campesina gracia: «Habeis elegido al mas burro entre todos vosotros.» Si pecaba de ignorante, en cambio podia ostentar un título mas precioso, el título de benéfico en sus actos é íntegro en sus costumbres. Así arrojó de la corte pontificia á tanto parásito como habia reunido el escandaloso nepotismo de Clemente V y el sórdido comercio de Juan XXII. Comprendió que la sede pontificia no podia levantarse de su abatimiento, sino sobre las bases marmóreas de la antigua Roma. Y cuando se apercibia resueltamente á un regreso, que hubiera satisfecho al mundo é inmortalizado su propio nombre, impidió-

selo el rey de Francia, demostrando así que el Papa quedaba reducido á mero instrumento de las ambiciones de Francia. Persuadióse Benito XII de que jamás alcanzaria un Papa francés á ver su Roma, y como si el cautiverio hubiera de perdurar indefinidamente, construyó en Avignon un palacio monstruoso, colosal, faraónico, que aun se ve allí con sus largas líneas y sus altas torres, triste esqueleto de pasadas edades, recordando en su frialdad y en su grandeza al viajero una gran vergüenza. Pasó este Papa sobre el trono, sin dejar de sí gran memoria; y sucedióle Clemente VI el año 1342. Lemosin de raza, noble de familia, benedictino de religion, catedrático de Paris, canciller de los reyes, su lujo y sus aficiones mundanas contrastaban claramente con la fria austeridad de su severo antecesor. Un buen acto de su vida recordará siempre la historia, á saber, la distribucion de las riquezas dejadas por sus antecesores entre los clérigos pobres que se presentaran delante de él en Avignon. Inútil decir que llegaron estos á mas de cien mil y que devolvieron en bendiciones los beneficios que el Papa les habia hecho en dinero. Tal acto de caridad no obstó á la perversion de sus costumbres. Digna de leerse es la descripcion que de su corte nos ha legado un historiador tan veraz como Matteo Villani. Lujo asiático en su palacio; mesa puesta á todas horas, donde humeaban y olian los mas exquisitos vinos y los mas delicados manjares; en vez de sacerdotes y frailes, caballeros vestidos de brocados y relucientes con sus damasquinadas armaduras; en vez de lectores piadosos, poetas que tañian la guzla y entonaban profanas canciones; en las cuadras caballos de todas las castas conocidas que reuniera allí por su extrema aficion á cabalgar; en torno de esta corte escuderos, halconeros, cazadores agilísimos; mas caballeros feudales que cardenales y arzobispos; mas damas que penitentes; y presidiéndolo todo y animándolo todo, una hermosa princesa de Turena que, segun lo agasajada y distinguida, parecia compartir con el Pontífice la autoridad pontificia como comparte una reina con el rey la autoridad monárquica; tal era en su palacio y en su vida este Papa de Avignon que reproducia la estirpe de los monarcas gaudules tan célebre en la antigua historia de Francia. Lo único que debemos mencionar de su reinado es el haber recibido de manos de Juana de Nápoles, en perfecta propiedad, como indicamos antes, el hermoso condado de Avignon. Inocencio VI, que le sucediera en 1352, limpió de bur-

deles la ciudad pontificia, de parásitos el palacio, y sustituyó con una corte eclesiástica la antigua corte profana; mas, para que ninguno de estos Papas avignonenses pueda presentarse ante la historia sin culpa, cayó en el escándalo tradicional del nepotismo y enriqueció por todo extremo á sus innumerables sobrinos. Al Papa Inocencio VI sucedió el Papa Urbano V. Pocos hombres de mejor intencion registra en sus anales el Pontificado. Desde el punto y hora en que llegó á tan alta dignidad, dedicóse con todas sus fuerzas á tratar del restablecimiento de la sede pontificia en la ciudad de Roma. Nada mas necesario. El Papa resultaba un cautivo y no podia tener autoridad alguna en el mundo. Demasiado léjos el Emperador de Alemania, demasiado cerca el Rey de Francia, aquel alejamiento y esta proximidad le impedian equilibrar las fuerzas contrarias de estos dos protectores y extraer del equilibrio seguras bases para su propio poder, como habian hecho con tanto acierto y tanta fortuna los Papas mayores de Roma en la Edad media. En cuanto queria tomar cualquier disposicion política é independiente, atajábale el rey de Francia; y cuando trataba de vencer estos impedimentos, imponíanle sin empacho la debida sujecion por medio de la fuerza. En la anarquía feudal reinante sobre toda Provenza, las bandas armadas, que á guisa de remolinos levantados por el viento, se formaban en todas partes, iban con descaro al palacio pontificio, apresaban al Papa sin escrúpulo, y le pedian sumas enormes por su libertad y su rescate, como si en vez de piloto en la nave mística de San Pedro fuera forzado en la marina de los turcos. El apartamiento de la natural capitalidad del mundo tenia dos graves inconvenientes, universal uno á la Europa entera, particular otro á la pobre Italia. Todas las cancillerías miraban con recelo y recibian con dificultad los breves pontificios por creerlos, no obra de la corte del Papa, sino obra de la corte de Francia. Luego aquella ausencia del verdadero soberano de Roma condenaba á Roma á una guerra perpetua. Las familias feudales se enardecian mas; la lucha entre el régimen republicano y el régimen pontificio se agravaba con mayor agravacion; los alemanes descendian de los Alpes y dejaban rastros de sangre y de incendios; los bandidos se acercaban por los cuatro puntos del horizonte y la depredaban sin piedad; tribunales improvisados se levantaban sobre sus ruinas y erigian dictaduras efímeras de tal suerte que Roma se ase-

mejaba en su dolor y en su viudez á la antigua Jerusalem de los Profetas. Precisaba, pues, que el Papa volviese prontamente, si habia de mantenerse el Pontificado y habia de salvarse la Iglesia. Entregado á la sátira de los poetas provenzales y á la discusion de los jurisconsultos regalistas, disipábase en los aires su antigua prestigiosísima aureola. Un gran genio, adorador de la antigüedad, poeta del amor, erudito que vivia en los antiguos tiempos, eclesiástico que adoraba las grandezas inenarrables de la Iglesia, por sentimiento estético y por sentimiento religioso, por amor á la Roma de los tribunos como por amor á la Roma de los Pontífices, desengañado de las resurrecciones republicanas y democráticas encerradas ya en el sepulcro de Rienzi, habiendo sufrido con su democracia cristiana los mismos desengaños que Dante con su cristiano imperio, pero adorador siempre de la patria, de la hermosa Italia, de su eterna Laura, escribió ciceroniana carta en latin á Urbano V conjurándole, como habia conjurado á sus predecesores, para que dejase aquella ciudad provenzal sin tradiciones y sin prestigio y se volviese á la Ciudad Eterna, cada una de cuyas piedras era como un altar del martirio y toda junta como la Iglesia espiritual y material del Universo. No podemos prescindir de mentar un rasgo, que describe por maravillosa manera el materialismo en que habian caido los cardenales y el estado moral de aquellos tiempos. Segun dice el poeta, una de las causas que retenian los cardenales en Francia, era su aficion al vino de Borgoña; y para asegurarles que no podian temer su falta, les pinta la gran facilidad con que puede tal bebida trasladarse de uno á otro lado de los Alpes. Urbano V se partió de Francia, no persuadido por las elocuentes epístolas de Petrarca, persuadido por el temor á las bandas anárquicas que asolaban la tierra y á la peste negra que infestaba los aires. Luego la Italia entera le llamaba con sus dulces y amorosos reclamos. Las ciudades mercantiles ofrecíanle su oro, los poetas nacionales llamábanlo con sus inspiraciones y los oradores con su palabra. Flotas enteras con pabellones de todos los grandes puertos marítimos se juntaban para trasportarle; y el mismo Emperador de Alemania Carlos IV ofrecia llevarle en su ingreso el palafren de la brida. Nada, pues, podia faltarle de cuanto mueve el corazon y persuade la voluntad á las acciones decisivas. En efecto, sesenta galeras que formaban como una poblacion flotante, le recibieron y le

transportaron; Génova, la ciudad de los palacios, lo alojó como á un ídolo; Pisa le festejó con toda suerte de festejos, mostrándole aquellas basílicas, aquellas torres, aquellos baptisterios, aquellos campos santos que forman como una sinfonía de piedra elevada por una democracia independiente al Dios de la libertad y de la justicia. Por fin, una mañana de octubre entró el Papa en Roma. Las trompas, clarines y timbales resonaban como en una batalla; dos mil caballeros armados de todas armas y millares de infantes formaban un cortejo militar digno de los primeros emperadores romanos; los gonfaloneros de las mayores ciudades italianas agitaban los pendones llenos de símbolos heráldicos en el espléndido y arrebolado aire de aquellas luminosas regiones; el conde Amadeo de Saboya, los régios Estes, los poderosos Malatestas le circuian y le presentaban sus reales blasones; dos mil obispos, abades, priores, que parecian como el clero de toda la cristiandad, vestidos con sus trajes de las mayores festividades, le entonaban cánticos sagrados; el pueblo, precedido de sus magistrados y de sus cónsules, aclamábale agitando flores y palmas; blanca hacanea le llevaba al borde majestuoso de aquellas ruinas y de aquellos monumentos hasta deponerle á la entrada de San Pedro, donde pudo adorar las mas sacras reliquias y desposarse como un esposo amante con su amada esposa la Santa Madre Iglesia. El año 1368 y el año 1369 resultaron verdaderamente prósperos para el Papa. En marzo le visitó la reina Juana, en abril el Emperador Carlos que volvió á pasearle en triunfo por las calles de Roma en el octubre siguiente, llevando él mismo con su mano régia al caballo del freno; y pocos meses despues veíase un espectáculo admirable: al Papa romano vestido de pontifical con su numerosa y brillante corte aguardando al Emperador de Constantinopla, que venia desde las luengas tierras de Oriente á pedir socorro contra las amenazas de los turcos y á deponer en los altares católicos la herejía y á cerrar en la tumba de los Apóstoles el hondo y largo cisma que habia entristecido y adolorado al mundo. Nada parecia faltar al catolicismo en este momento supremo; las ciudades mercantiles se apiñaban á la sombra de su Iglesia; los reyes del Norte y del Mediodía le prestaban moral vasallaje; el sucesor de Carlo-Magno y de Othon el Grande parecia paje de sus Pontífices, y el sucesor de Justiniano iba inclinando hasta sus piés la diadema bizantina á ofrecerle como los reyes magos del Evan-